



La cueva de las doncellas

Autor: Ana Rosseti

Esto era de cuando las doncellas permanecían en las cuevas de los dragones hasta que un caballero las rescataba. Ninguna estaba allí mucho tiempo, es verdad; a menudo, nada más el dragón comenzaba a descerrajar las mandíbulas, aparecía un caballero, le rebanaba la cabeza al dragón y se llevaba a la doncella para convertirla en buena esposa y prolífica madre de familia.

Claro que, a veces, el caballero se retrasaba y entonces la doncella tenía que entretener al dragón. Para ello, dadas las dimensiones que las cuevas solían tener, sólo les era permitido contar con un arpa, porque la música amansa a las fieras, o con una rueca, porque entre su zumbido y el girar del huso las hipnotizaba.

Pero la doncella de esta historia no contaba ni con una cosa ni con la otra. Con arpa no porque, cuando le tocó el turno a su hermana Rosaura, la muy boba se la dejó en la cueva con gran disgusto de todos, pues era un arpa de familia y se la habían estado pasando de madres a hijas desde el tiempo en el que el rey David la inventara. Y con rueca tampoco pues estaban prohibidas en ese reino desde lo de la Bella Durmiente. Así que no tuvo otra solución que descolgar el tapiz de la cabecera de su cama, enrollarlo y tirar para adelante con él en ristre.

Era un tapiz muy curioso con muchas figuras extrañas y, desde que ella podía recordar, se había pasado las noches contándose historias sobre los dibujos. Las historias se entrelazaban, se agrupaban o se expandían inquietantes siguiendo los colores de los hilos. Entre el parpadeo de la lámpara de aceite ella adivinaba manchas raras que a veces eran ojos, lenguas, frutas, pájaros o navíos en animada acción. Nada de lo que pudiera soñar dormida podía comparársele a los fabulosos mundos que entreveía despierta.

Pues bueno, una vez que entró en la cueva nuestra doncella, el dragón se preparó para dar buena cuenta de su persona, pero entonces ella

desenrolló una esquinita del tapiz. Sólo la esquinita, porque desde luego estaban muy estrechos y no había sitio para nada.

-Veo veo -se puso a decir, pero apenas había comenzado a interesar al dragón cuando en la tierra retumbaron los cascos de un caballo, señal de que un caballero estaba al llegar. Ella enseguida despejó todo, se sacudió las faldas, se ahuecó los pliegues, se colocó las trenzas en su sitio, se pellizó las mejillas, se mordió los labios y se puso en posición de rezar para que la sorprendieran como Dios manda.

Y en esto que cesó el galope y a la entrada de la cueva relampagueó un escudo y se inflamó una espada, y el dragón cesó de relamerse y se dio la media vuelta para atacar, y el caballero retrocedió para coger carrerilla y entonces la doncella, que estaba mirando de reojo para no perderse nada, se dio cuenta de que el tal caballero no era caballero, ni muchísimo menos, porque no resaltaba en su armadura ni en su escudo ninguna divisa de caballería.

La divisa, según el diccionario, es una señal exterior para distinguir personas, grados u otras cosas. O sea que lo mismo puede ser un logotipo o una marca o el distintivo de un club de fútbol o de los colores de una ganadería, y basta con convenirlo y registrarlo. Pero en caballería esta señal es el «blasón» del escudo de armas, y un escudo de armas no se improvisa así como así. Cada figura, cada color, significa «honor y gloria» por las hazañas y méritos de su dueño y, por lo tanto, uno debe ganárselo a pulso.

Contra los dragones sólo valen la espada de la Verdad y el escudo de la Virtud con su blasón correspondiente, equipamiento al que, sin estar armado caballero, como queda dicho, no tiene acceso nadie. Y aún más, si se consiguen estas cosas por cualquier otro procedimiento, no reportarán ninguna utilidad porque la Verdad y la Virtud no son talismanes, sino cualidades que se adquieren mediante el ejercicio y la perseverancia. Comprar todas las medallas olímpicas que haya adornará mucho la vitrina de alguien, pero no le van a hacer batir ningún récord; ni el falsificar títulos académicos servirá para insuflar ciencia alguna al que los cuelgue en su despacho.

Por eso, la doncella, al tanto del peligro que su presunto salvador corría, decidió intervenir: le dio con el tapiz enrollado un mandoble al dragón que lo dejó, por lo pronto, fuera de combate.

-Deteneos -gritó a continuación la doncella, interponiéndose para cerrar la entrada-. Deteneos y no oséis introducir vuestra espada en este lugar, pues no está ungida y os puede suceder cualquier desgracia horrible.

El no-caballero frenó justo a tiempo, descendió del caballo, se arrodilló ante ella, levantó la visera de su yelmo y dejó ver el dulce ámbar de

sus ojos, su nariz delicada, la playa de sus mejillas, el hoyo del mentón y sus labios firmes como los bordes de una concha púrpura.

-Señora -dijo él con mucha educación-, me llamo Jorge y si me concedéis el alto privilegio de entrar en vuestra cueva...

-De ningún modo. No estáis entrenado para ciertas cosas -le atajó la doncella.

-Ya lo sé -admitió Jorge-, pero nadie nace sabiendo y alguna vez hay que dar el primer paso.

-Pero nunca delante de un precipicio -respondió la doncella, juiciosa.

-Vos merecéis mi suerte, sea cual sea -dijo Jorge, galante.

-A mí no me hagáis responsable de vuestro destino -replicó la doncella, molesta por semejante atrevimiento-. No soy de esa clase de persona.

-¡Por favor! -suplicó Jorge-: ¡permitidme que os deba mi gloria o mi muerte!

-Me parece muy arriesgado contraer tales deudas con alguien al que no se conoce de nada -se obstinó la doncella.

-Hacedme la merced de aceptar mi vida en prenda a cambio de vuestro rescate -se obstinó a su vez Jorge-. Quiero ser caballero.

Dadme una oportunidad y seré vuestro para siempre.

-Bastante hemos hablado -le interrumpió ella sin dejarse impresionar y, ni corta ni perezosa, metió uno de sus piecitos en la boca del dragón, que estaba traspuesto todavía, para que el tal Jorge viera que era capaz de dejarse devorar y todo lo que fuera menester, antes que comprometerlo en una empresa de la que podía salir muy mal parado. Y, por lo tanto, el muchacho desistió y, sin perder más el tiempo, se dirigió hacia otros territorios donde su afán de adquirir experiencia caballeresca tuviera más ocasiones.

Se marchó, pues, Jorge, y por el camino encontró otra cueva con su doncella y su dragón rugiente. Ninguno de los dos le puso mayores problemas que los propios de las circunstancias y se prestaron a colaborar en el experimento. Con lo cual, en menos de un cuarto de hora, él se llevó a la grupa a la una, tan ricamente, después de haberle tajado al otro sus siete terroríficas cabezas. Gracias a los méritos de esta valerosa hazaña, estuvo en grado de armarse caballero, portar divisa propia y convertir a la doncella en cuestión en buena esposa y prolífera madre de familia.

Y se dispusieron a vivir felices, como suele suceder en los cuentos cuando ya se acaba el cuento, en un castillo de seis torres, un torreón y el blasón correspondiente esculpido sobre la puerta principal.

Pero, bueno, esto no tiene nada que ver con nuestra primera doncella, que se encontró con que el dragón volvía a revivir y a

querérsela merendar, así que, con mucha paciencia, desenrolló de nuevo la esquinita del tapiz para seguir engatusándolo con el veo-veo. No se sabe cuánto tiempo pasó, pero la doncella consiguió que el dragón se aficionara a las figuras del tapiz y, como era tan difícil extenderlo, hasta él mismo ayudó a cortarlo pedacito por pedacito para que fuera más manejable. El dragón con sus uñas puntiagudas sacaba los hilos de la trama como para hacer vainicas, y entonces ella podía cortar sin torcerse con las tijeritas del neceser. No había mencionado antes el neceser pero se entendió de que, si una puede cargar con arpas y ruelas, qué le puede estorbar un neceser, sobre todo cuando existe la probabilidad de pasar la noche fuera de casa. En el neceser había un gran surtido de imperdibles por si acaso el dragón, en un momento de descuido de ella o de vehemencia de él, le hacía algún desgarrón pudiese la doncella remediar el desperfecto antes de que el caballero se percatara. Es cierto que, como cada vez que se le cortaba la cabeza se volvía a regenerar hasta llegar a siete, había tiempo sobrado para hacerse una costura en condiciones. Lo que pasa es que con la cueva ocupada y entre una cosa y otra no había ni luz ni manera para enhebrar una aguja tranquilamente y, a pesar de que lo de los imperdibles era una reverendísima chapucería, se trataba de un caso de emergencia sin discusión.

Con estos imperdibles la doncella fue uniendo las piezas del tapiz en grupos, como si fuesen libros. Cada uno trataba de una historia distinta, según sus matices cromáticos, los accidentes de su trama y los vericuetos de sus cenefas. Había historias de sirenas y tesoros, de monstruos y hechiceros, de estrellas y navíos, de bandidos y fantasmas. Pero la que más le gustaba al dragón era una que trataba de ellos, o casi.

-Veo-veo -empezaba la doncella.

-¿Qué ves? -respondía obediente el dragón.

-Veo lejos, muy lejos, un condado próspero y feliz.

-¿Y qué más?

-Ésta es la gente que es muy laboriosa y vive en paz con su prójimo.

La doncella iba señalando con el dedo siguiendo los contornos de colores:

-Las casitas... los pozos... los árboles... los rebaños de ovejas pastando... las lavanderas en el río... el molino de viento... las vereditas de romero... las abejas...

-¿Y qué más?

La doncella, muy muy despacito, iba pasando las páginas.

-El conde. ¿Lo ves? Está muy satisfecho por la cosecha de manzanas y ha decidido dar una fiesta para celebrarlo. Éstas son las mesas para el

banquete, éstos son los barriles de vino, y esta montaña es de manzanas rojas, esta otra de manzanas verdes y ésta de manzanas amarillas. Mira, por aquí viene el cortejo de músicos...

-¿Y qué más?

-Éstas son las guirnaldas de laurel fresco y éstas son las banderitas de papel de seda y éste es un buey enorme asándose... Todo esto son los troncos de leña para el fuego.

-Y ahora yo aparezco por detrás de los troncos...

-No, todavía no, pesado. Espera a que todos se sienten y empiece la diversión.

-Pero, mientras, ¿dónde estoy? Pasa ya esta página.

-Tú estás aquí, en este lago azul turquesa, sumergido. Por eso no te ve nadie.

-Yo los acecho así, quieto quieto.

-¿Ves estas cintas enredadas? Son las pérgolas: los jóvenes están aquí debajo, bailando. Tú escuchas la música y entonces te enfureces y entras en acción.

-Gruuuuug, gruuuuug, gruuuuug.

-Eso. Entonces el conde manda a este grupo de soldados para que investiguen, pero cuando sacas la cabeza salen huyendo despavoridos.

-¡A que sí! Gruuuuug...

-Ya vuelven otra vez, pero son muchos más y traen todos los cuchillos, hachas, palos y bolas de hierro que han encontrado.

-¿Y qué me hacen?

-Nada. Tú eres tan fiero y descomunal que las lanzas de hierro son para ti palillos mondadientes.

-Ja, ja, ja: no me dais miedo, mequetrefes. ¡Acercaos!

-Tú tienes hambre y se te hace la boca agua a la vista de tan ricos manjares.

-¡Soy una trituradora! ¡Venid a que os hingue los dientes!... Di: ¿me los como ya?

-No, hombre.

-Pero es que tengo un hambre devoradora, y si ellos se me ponen a tiro... Anda, sólo un bocadito...

-Que no. Mira, aquí están lanzándote el buey al lago y ovejas estofadas y pavos rellenos para que te los comas.

-¡Uhhmm!, ¡qué rico!

-¿Te gusta? Bueno, pues a partir de este momento tienen que echarte de comer cada tres horas porque, de lo contrario, saldrías del lago y te los zamparías sin dejar de ellos ni las raspas.

-Y están asustados, ¿no?

-Muertos de miedo.

-Y eso que no saben que les estoy infectando el lago y que el olor a putrefacción les va a llegar hasta sus casas, les va a contaminar el ambiente y se van a asfixiar.

-No seas tonto, si se mueren te los vas a tener que comer todos de golpe, y puedes reventar de la indigestión: si no lo haces se te van a estropear, ¿no ves que no están congelados, ni tienen conservantes ni nada? Y como te los comas caducados o en malas condiciones, pues te intoxicas.

-¡Ah!, ¿y entonces qué hago?

-Tú te esperas a que te vayan trayendo todos los animales uno por uno hasta que se les acaben las vacas, las cabras, los corderos, los conejos y los pollos en cien leguas a la redonda.

-Y los gatos y los perros y los patos y las codornices...

-Total, que el condado está aterrorizado, pues la gente no sabe qué hacer para seguir manteniéndote. Se están gastando mucho dinero en traerte comida de otros lugares. Aquí, en esta esquina, detrás de estas matas de acanto, está el Consejo, que es esta granada y los granitos de dentro son todos, que se han reunido con sus birretinas rojas como enanitos. Están deliberando cómo acabar contigo antes de que tú acabes con ellos. Llevan horas discutiendo y cavilando. Algunos muestran unos ingenios que han ideado para capturarte y tratan de conseguir voluntarios para que los hagan funcionar.

-Yo quiero empezar a comerme a la gente cruda ya mismo.

-Han decidido, a la desesperada, hacer cada día un sorteo y echarte a la persona que le toque la china.

-¿Y cuándo te va a tocar a ti?

-Enseguida. No llega a la semana y media. Mira, aquí estoy yo: esta corola blanca. Yo era la hija del conde y acabo de sacar la piedra negra, esta especie de hojita oscura, ¿la ves?, que es mi sentencia de muerte. Mi padre no quiere entregarme y dice que me va a canjear a cambio de todo el oro y la plata que tiene en el salón del tesoro. Pero sus súbditos se le han rebelado y lo están amenazando con quemarlo vivo por no cumplir lo pactado como todos los demás. Esta especie de zarza son las puntas de las flechas que están apuntando al conde, mi padre. Yo no tengo más remedio que despedirme del mundo y salir a tu encuentro.

-Huuuummmm..., ¡huelo a carne humana!

-Yo voy llorando. Es un día radiante y la vereda está toda cuajada de margaritas. Mi padre, cuando cumplí quince años, me prometió llenar el castillo de margaritas el día de mi boda; pero ya no hay bodas que valgan. Estoy pensando en esas cosas tristes cuando, casualmente, se

me cruza en el camino un caballero. Es este sol, ¿sabes?, porque su armadura es tan resplandeciente y está tan bruñida que parece un espejo de oro, y el penacho de su yelmo es tan suave y tan vaporoso como la clara a punto de nieve. Descabalga y me pregunta la razón de mi pena. «¿Qué hace una novia», dice: porque yo voy con mi traje de novia, para que me sirva de mortaja, «qué hace una novia», repite él, «sola por los caminos y deshecha en llanto con el día tan bonito que hace?». Pero yo le digo que se monte en su caballo y que salga corriendo y se salve porque tengo miedo de que, si lo pillas conmigo, igual también te lo comes y yo no quiero irme al otro mundo con ese cargo de conciencia. Él no se mueve del sitio y me pide que le explique detalladamente mi caso, y cuando acabo de contarle va y me dice: «Hija, no tengas miedo, yo soy san Jorge y te voy a ayudar».

-Entonces yo asomo la cabeza de debajo de las aguas pestilentes y digo: «¡Sí, ya, que te crees tú eso!».

-El caballero acto seguido se santigua, sube al caballo de un salto, hace un par de molinetes con la lanza, se la enristra y, picando espuelas, se va enflechado hacia ti. Prepárate. En cuanto te tiene a su alcance te hunde la lanza justo en el centro del corazón y izas!, te deja en el sitio.

-No, eso no vale. No me tiene que matar.

-Bueno, pues lo que hace su lanza cuando te llega al corazón es convertirlo en un corazón de oro, ¿vale? Oro de ley.

-No sé en qué consiste eso.

-Sí: en que te haces bueno y manso. Entonces me dice san Jorge: «Quítate el cinturón y átaselo al cuello».

-Eso ni hablar.

-Y desde entonces tú eres mi animal de compañía favorito.

-No, no y no. Quita esa página. Yo sólo quiero hacer cosas tremendas. Yo os tengo que devorar a los dos con caballo y todo.

-Pero icómo vas a devorar a san Jorge!

-¿Y por qué no? ¿A ti no te gustan los huesos de santos?

-Que no puede ser. En todo caso, cuando te hincue la lanza tú vas y, ipum!, te esfumas en el aire como una columna de humo, y en el lugar donde cayó la sangre pues brota un rosal de rosas rojas.

-Pero, por lo menos, antes te como.

-No, no insistas. No tiene ningún sentido que me comas delante de las narices de san Jorge.

-Que sí, imira!: yo te como. Y, en vez del rosal (que eso son tonterías de los cuentos de hadas), pues yo voy y te vomito después si quieres.

-¡Te he dicho que no!

Con el final jamás se ponían de acuerdo, pues el dragón no quería ser

amansado ni tampoco que lo hicieran picadillo y la doncella quería ser salvada a todo trance porque no le hacía ninguna ilusión morir teniendo, tan a la mano, a un santo y a un caballero andante en una sola pieza. Y lo de ser vomitada, menos: eso era una guarrería. Así que no había un desenlace fijo, con lo cual el dragón siempre estaba intrigado y jamás satisfecho y la última página no terminó nunca de prenderse con las demás.

En lo que sí coincidieron fue en llamar al condado «Barcelona», que, aunque no sabían qué quería decir ni recordaban cómo ni de dónde salió ese nombre, les parecía una palabra mágica.

Dos reinos más allá el primer Jorge, que ya era caballero, pensaba a menudo en aquella doncella que rechazó el auxilio de su espada sin atreverse a imaginar la continuación, porque era demasiado obvia y demasiado truculenta. Pero el recuerdo le rondaba continuamente, y esa obsesión muchas noches no le dejaba dormir. Le torturaba el haber hecho caso a la doncella, haberse dejado convencer tan fácilmente. Le era imposible dejar de revivir ese momento sin sentirse culpable por haber seguido, sin más, su camino.

-No soy un verdadero caballero, no merezco los blasones de mi escudo -se lamentaba-: dejarla a merced de una fiera sólo porque a ella se le había metido en la cabeza protegerme de Dios sabe qué peligro, no es suficiente excusa.

No. Eso no había estado bien. Eso no era, desde luego, una acción de la que se enorgulleciera.

Un día decidió descargar su pesadumbre. Pero cuando le abrió el corazón a su esposa, su esposa no le dio mayor importancia, solamente dijo «Peor para ella» con cara de estar pensando «Mejor para mí». Abrió su corazón al hijo mayor y el hijo mayor dijo «Qué necia», y se rió. Abrió su corazón al mediano y el mediano dijo «Pobre chica», y se puso serio. Abrió su corazón, finalmente, al más chico de los tres, pero el más chico de los tres no dijo nada. Y él volvió a hundirse en los remordimientos.

Pero, el más chico de los tres, sin comentar nada a nadie, buscó mapas en los desvanes, se aprendió los nombres de las estrellas y se ejercitó en fuerza y rapidez hasta que fue diestro en el manejo del escudo y la espada. Y una noche salió del castillo de las seis torres y un torreón, pero no por la puerta principal. Por fin había conseguido crecer y robustecerse lo suficiente como para ajustarse la armadura de su padre y soportarla. Sólo llevaba una hogaza de pan y una bota con clarete.

Noche tras noche cabalgó sin descanso cruzando parajes

desconocidos, lo mismo desiertos que selvas, praderas que pantanos y, conforme avanzaba por el camino que le señalaba el cielo, la impaciencia le ardía en el corazón.

Cada anochecer, antes de ponerse en camino, se santiguaba, tomaba un pellizco de pan, bebía un sorbo de vino sin permitirse otro alimento porque, de noche, era imposible distinguir los árboles frutales de los venenosos, las fuentes puras de las emponzoñadas y no era el caso. Por eso, al llegar a la cueva sólo pudo decir: «Señora, soy Jorge», y cayó desfallecido. La doncella entonces salió, se arrodilló junto a él, le levantó la visera del yelmo y pudo ver el dulce ámbar de sus ojos, su nariz delicada, la playa de sus mejillas, el hoyo del mentón y los labios firmes como los bordes de una concha púrpura. Pero también vio, menos mal, el escudo refulgiendo de caballerescos blasones y se dio, finalmente, por rescatada.

Con destreza montó en el corcel del caballero desvanecido y, tomando imperiosamente las bridas, le ordenó: «Andando». Pero el corcel dobló las rodillas, fatigado ante la idea de volver a sufrir las calamidades pasadas, y la doncella tuvo la sensación de que había llegado el momento de desesperarse de una vez por todas.

No pudo, sin embargo. Ni le dio tiempo a deshacerse las trenzas siquiera: el dragón, que la había estado observando como quien no quiere la cosa, se echó al hombro derecho el corcel moribundo y en el izquierdo al supuesto caballero y a la doncella y, como era un dragón volador, en menos de nada los puso en la puerta de la casa de él.

Los padres del joven Jorge, que habían estado deshechos con su escapada, cuando lo encontraron en tal mal estado, en vez de regañarle, lo metieron en la cama y le dieron friegas de alcohol y cosas ricas. Pero nadie reparó ni en el dragón ni en la doncella. Ninguno de los de la casa, se entiende, porque los curiosos no dejaron de importunar metiendo las narices por los barrotes de la verja del jardín y queriéndolo saber todo con pelos y señales. Entonces la doncella respondía muy amablemente contándoles la historia que tanto le gustaba al dragón.

-En un condado llamado Barcelona, apareció un terrible dragón que les infectaba el lago y que, para mantenerlo a raya, los habitantes tuvieron que ir sacrificando sus ganados, sus rebaños y sus corrales, y cuando acabaron con los animales no tuvieron más remedio que entregarse ellos mismos. Las víctimas se designaban diariamente mediante sorteo hasta que un día le tocó a la hija del conde. Como cualquier hijo de vecino, el conde, deshecho en llanto, la despidió y la joven se dirigió al lago siniestro sumida en negros presagios. Pero grande fue su sorpresa cuando la alcanzó al galope el joven Jorge y,

enterado de su trágica suerte, no vaciló en poner a su disposición su valor y su lanza...

La gente escuchaba fascinada esa fantástica historia del dragón terrible, la doncella sacrificada y el caballero de la lanza milagrosa, por lo que se difundió rápidamente. Antes de que cayese el sol, la hazaña del joven Jorge ya había saltado las murallas y sobrepasado las fronteras y, a medida que la historia se relataba y se expandía, progresaban los preparativos para que el joven Jorge ingresara en la Orden de Caballería tan pronto como se reanimase.

Y claro, la doncella se dio cuenta, aparte de que ya no estaba en edad de convertirse en buena esposa ni prolifera madre de nadie, de que este caballero tampoco era caballero pero que, según lo que ella atestiguara, lo podría llegar a ser.

Desde luego, nadie mejor que ella sabía que el joven no le había dado a su espada el uso debido, pero ya había vivido lo bastante y había urdido suficientes peripecias y sabía que las cosas son verdad cuando se cree en ellas y veía las cosas de manera diferente a como las veía cuando, el Jorge padre, le quiso dar la oportunidad de ser la madre de Jorge hijo. Y decidió que si el chico iba a ser armado caballero ella no pondría obstáculos. Es más, le ayudaría a estrenar su espada mediante cualquier otra prueba que lo hiciera acreedor de un escudo con blasón propio sin necesidad de matar a su amigo el dragón.

Por eso, cuando estaba para clarear el día siguiente, entró en la alcoba del chico. Y, aprovechando que su voz, ejercitada en persuadir y encantar, era fresca y armoniosa se deslizó entre los doseles de la cama del joven Jorge.

-Deseo una cosa de vos -le dijo.

-Lo que deseéis es vuestro -respondió el joven Jorge, espabilándose en el acto.

-Antes de que el sol se beba el rocío de los parques cortadme una flor -dijo ella.

Entonces, el joven Jorge saltó de la cama, enarboló su espada virginal, corrió al jardín y cortó una rosa blanca, que enrojeció al instante como si se hubiera sumergido en un charco escarlata.

Así la espada hizo su servicio.

El joven Jorge, con una rodilla en tierra, entregó a la doncella la rosa transfigurada.

-Señora...

Los labios del joven Jorge se posaron delicadamente sobre el tallo de la rosa y en uno de los dedos que lo sostenían: el dedo corazón.

-Yo también quisiera obsequiaros -dijo ella emocionada y, rebuscando en la amplitud de sus faldas, añadió cuando encontró lo que quería:-

Tomad. Todo lo que pasó en la cueva está aquí. Ésta es mi declaración.

Y le dio el libro.

-Le falta el final -observó el joven Jorge.

-El final es una rosa roja -fue el comentario de ella.

Y se dio la vuelta lo más dignamente que pudo, aguantando las ganas de correr, pues tenía miedo de que el sol, que empezaba a encenderse, le jugase una mala pasada.

La doncella desprendió del tallo de la rosa el beso del joven Jorge y se lo ensortijó sobre el otro beso, que temblaba en su dedo corazón, y se sujetó la rosa en el pelo cerca, muy cerca de su mejilla. Buscó luego al dragón y juntos regresaron a la cueva a seguir descubriendo historias fabulosas en los montoncitos del tapiz porque, fuera de allí, ya no se hallaban.

Al principio todo el mundo preguntaba por la doncella, e incluso la estuvieron buscando para que ratificara su testimonio y se casara con el joven Jorge y etcétera, hasta que se cansaron y la olvidaron. Y nadie supo nada más de ella. Ni, por supuesto, del dragón.

Ni ellos supieron que, cada 23 de abril, los jóvenes de un condado llamado Barcelona se regalan libros y rosas rojas porque es San Jorge, ni que las Cortes Catalanas lo eligieron patrón de Cataluña, ni que el día de San Jorge es también el Día del Libro.

Claro que, el joven Jorge, se llamaba así por su padre y su padre por el san Jorge auténtico, ese santo que celebra su día el 23 de abril y que tiene una historia bien diferente aunque no por ello menos prodigiosa.

Era un caballero de Georgia, una tierra mítica cuyas leyendas inspiraron a los más célebres poetas de la antigüedad. Sufrió durante siete años y en presencia de setenta reyes toda clase de pruebas de las que salió victorioso, e incluso, por tres veces, desafió a la muerte escapando de su dominio. Lo que pasa es que todo el mundo lo confunde con el san Jorge de la historia del tapiz, ese valeroso caballero que cabalgó por la imaginación de una doncella cautiva desafiando dragones y cortando rosas rojas.

Con ese pretexto, algunos que se pasan de listos vienen diciendo que el tal san Jorge no es verdad porque no existió nunca. Como si sólo fueran verdad las cosas regidas por el tiempo y la materia.

El san Jorge de Georgia, por lo pronto, fue y es y seguirá siendo porque, existiera o no existiera, se trata de una alegoría. Sus suplicios y sus resurrecciones representan los procesos a los que el individuo debe someterse para alcanzar el conocimiento de sí mismo. Las tradiciones secretas de las órdenes de caballería enseñan cómo vencer

las leyes de la materia y del tiempo, y san Jorge es el santo protector que simboliza, defiende y guarda esta sabiduría oculta. Se le identifica como un caballero, a pesar de que no pertenezca a ninguna orden de caballería concreta, porque «caballero», en lenguaje simbólico, quiere decir «cabalista»; y «caballo», «Cábala». Al igual que para manejar un arma no sólo hace falta fuerza sino pericia, para ser experto en la Cábala no basta con saber leer con los ojos. Cada letra es un número, cada palabra un sistema y cada frase una fórmula. Y es necesario mucho esfuerzo y perseverancia hasta llegar a descifrarla correctamente.

Y el san Jorge de la historia, el caballero de resplandeciente armadura que salvara a la princesa de un terrible dragón, tampoco es mentira. Y que su día sea el Día del Libro tiene su porqué, aparte de que precisamente Shakespeare y Cervantes murieran un 23 de abril. Un libro, como san Jorge, puede rescatar a la princesa, que es la Inteligencia, de la cueva del dragón de la Ignorancia. ¿O no? Quizá, para la razón, sólo pueda demostrarse lo que está sujeto a datos, fechas, peso, dimensión y cantidad. Quizás la realidad sea eso: materia y, por tanto, sujeta a mudanzas. Pero la verdad es invisible. Es una soberana de la que se puede desertar, pero no se la puede destronar ni destruir. Por eso, cuando una historia, por muy insólita que sea, se expande y permanece confirma su autenticidad imperecedera en el territorio de lo esencial, más allá del reino de la percepción.

Y, además, esta historia le salió preciosa a la doncella

FIN

www.soncuentosinfantiles.com